

Análisis socioliterario del *Memorial de la vida* de José Musso Valiente (1837)

JAIME CÉSPEDES

Institut Catholique de Paris, Faculté des Lettres

Realizamos en este trabajo un análisis de la construcción y de las motivaciones del *Memorial de la vida* de José Musso Valiente, publicado por primera vez en el tomo primero de la edición de las *Obras* de Musso a cargo del Dr. José Luis Molina Martínez (2004)¹. El *Memorial* no fue la única empresa autobiográfica de Musso, pues este había empezado en 1827 un *Diario*, que prolongó hasta su último año de vida, en 1838, a los 52 años de edad, como dice en la p. 468 del *Memorial*². No obstante, en 1837 Musso decide dar cuenta de su ciclo vital en la autobiografía que queda inconclusa un año más tarde. Abarca el *Memorial* desde el nacimiento hasta los 46 años del autor, si bien se aprecia claramente al final de la obra que Musso la habría continuado de haber vivido más tiempo, pues presenta algunos temas que se propone abordar más tarde, pero la narración se corta bruscamente cuando apenas se ha entrado en 1831. La obra es una auténtica autobiografía y no unas memorias como su título puede hacer pensar, pues su carácter es claramente autodiegético, es decir, el narrador es protagonista de lo que cuenta: no se trata de un simple testigo de los hechos que aparecen, sino que es fundamentalmente actor y además actor destacado. No obstante, la obra, como es inevitable en cualquier

1 José Musso Valiente (escrito en 1837), *Memorial de la vida*, en José Luis Molina Martínez (ed.), *Obras*, Murcia, Ayuntamiento de Lorca-Universidad de Murcia, 2004, pp. 311-494, vol. 1. Nos referiremos también al estudio introductorio a cargo de J. L. Molina (pp. 13-68).

2 Martínez Arnaldos, Manuel y José Luis Molina Martínez (2002), *La transición socio-literaria del Neoclasicismo al Romanticismo en el Diario (1827-1838) de José Musso Valiente*, Madrid, Nostrum, 2002.

autobiografía, tiene pasajes en los que puede subyacer la tonalidad de las memorias, especialmente en la parte que Musso dedica a su estancia en Madrid tras el Trienio Liberal, parte en la que se detiene en la recreación del ambiente intelectual de la Corte que tanto le atrae y del que sigue siendo protagonista, pues Musso nos deja ver la influencia intelectual que ejercía en las academias.

En cuanto al contenido, proponemos una división de la obra en seis secciones, aunque el texto no presente división alguna. La primera sería la dedicada a la infancia y a la adolescencia del autor, hasta su casamiento a los 24 años. La segunda sería la dedicada a su intervención en la Junta de Murcia durante las guerras contra las fuerzas napoleónicas (1810-1814). La tercera sería su periodo como primer alcalde constitucional de Lorca. La cuarta sería el relato de su exilio en Gibraltar en pleno Trienio Liberal (noviembre de 1822-julio de 1823). La quinta sería su estancia posterior en Madrid alejado de la actividad política e inmerso en sus actividades académicas (1823-1830). La sexta y última sería su vuelta a Lorca para ocuparse de sus bienes (1830-1831)³.

Nuestro análisis se centra en el sistema retórico que Musso utiliza para dar una determinada imagen de sí, la imagen que privilegia en relación con sus principios morales y religiosos y en relación con los beneficios que pretende obtener de su relato: una valoración histórica más justa en el presente y en el futuro, pues aunque Musso fuera consciente de las dificultades que existían para publicar una autobiografía, conocía bien esta tradición entre hombres de gobierno como Manuel Godoy, quien acababa de publicar sus esperadas *Memorias críticas y apologéticas*⁴ un año antes de que Musso decidiese por fin dejar a la posteridad un testimonio de primer orden.

Analicemos la estructura de la obra antes de comentar algunos aspectos de su contenido. El papel de Dios como instancia a la que se dirige la narración configura el marco lingüístico que técnicamente consiste en una conversación asimétrica, es decir, en una conversación en la que no hay intercambio, sino que una persona habla (Musso) y la otra escucha y calla (Dios). La elección no es en absoluto irrelevante o algo que provenga de la mera devoción religiosa de Musso o de la tradición agustiniana. Recordemos que Santa Teresa sí elige un modo comunicativo en el que Dios tiene la palabra, lo que sirve a su particular afán de realismo. El marco conversacional de Musso configura la clave de lectura de su sistema retórico, pues

3 La primera parte ocuparía unas 17 páginas (311-338), la segunda, unas 40 (338-387), la tercera, unas 50 (387-436), la cuarta, 20 (436-457), la quinta, 32 (457-489) y la sexta solamente 6 dado que la obra queda inconclusa. Es de suponer que Musso habría llegado a su conflictiva época de Gobernador Civil en Murcia y luego en Sevilla.

4 Manuel Godoy, (1836), *Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón*, Madrid, Atlas, col. "Biblioteca de Autores Españoles", 1965, vols. 88-89.

Musso es consciente de que la cuestión del narratario es uno de los problemas fundamentales de toda autobiografía, dado que el autobiógrafo no aborda todos los hechos que ha vivido ni todos los hechos que recuerda. La cuestión de a quién contar la experiencia determina la elección de lo que se cuenta y de cómo se cuenta. Según la elección del narratario se pueden decir cosas que, dichas a un receptor impreciso, pueden considerarse secundarias o no entenderse por carecer de contexto. Afirmamos sin ambages que el *Memorial* es una gran obra no solamente porque lo que narra tiene un valor histórico indiscutible, sino también porque su construcción literaria es un logro, dado su alto grado de cohesión interna gracias a la presencia de ese narratario que no es simplemente alguien que ejerce de marco, sino que además es invocado continuamente con la función de recordar el carácter de lo que fue el hilo conductor de la vida de Musso y luego lo es de su narración. Estilísticamente el *Memorial de la vida* nos parece también una obra notable porque la prosa del académico conjuga con discreción detallismo y dinamismo, tratando de evitar en todo momento la sensación de pesantez en la lectura, cosa que a nuestro juicio se consigue satisfactoriamente. Frecuentemente en el discurso se abren pequeños fragmentos, casi 50 en total, de entre 5 y 10 líneas normalmente, en los que el narrador se dirige a Dios para reforzar el carácter y la verosimilitud de su discurso o, en otras palabras, para mantener alta su capacidad de discurso. En este sentido, Musso sigue un procedimiento similar al de Rousseau en sus *Confesiones*⁵, la obra que suele señalarse como el principio de la autobiografía burguesa y que suponemos que Musso conocía bien, pero Rousseau no dirige esas entre 5 y 10 líneas a Dios, sino que toma por testigo al lector, dada su novedosa intención laica. El primer objetivo que se marca Musso, como podemos apreciar en las primeras páginas del *Memorial*, es construir su capacidad de discurso: la primera página y media de la obra está dedicada a justificar ante Dios las razones que le impulsan a escribir su autobiografía, desechando otros posibles narratarios, principales o secundarios, como pudo haber sido Fernando VII, por ejemplo, a quien Musso siempre honró, pero cuyas decisiones no siempre compartió. La integridad moral y la moral cristiana en particular son el modelo de conducta elegido para justificar sus acciones y para explicar sus errores, pues estamos ante una autobiografía que recoge en muchas ocasiones la confesión de algunos errores del protagonista y que no teme poner en duda el criterio de algunas de sus acciones. Esta integridad es presentada como proveniente de su educación familiar, siendo atribuible también a su hermano, de quien Musso recoge en este sentido las palabras con que comentó la actuación de los últimos liberales exaltados que terminaron pasándose al ejército francés cuando estaban cercados en Cartagena en 1823: “Ve ahí, me dijo mi hermano al oído, lo que nunca hubiera yo hecho.

5 Jean-Jacques Rousseau, (1782 y 1789), *Confessions*, París, Pocket, 1996.

Fiel al cumplimiento de mi verdadera obligación, hubiera entrado en Cartagena y hubiera seguido la suerte del gobierno a cuyas órdenes estaba" (p. 455). Por otra parte, es cierto que Musso sigue el método expositivo de San Agustín en el sentido de que sabe perfectamente, de acuerdo con sus creencias, que Dios conoce todo lo sucedido de antemano, pero le pide continuamente permiso para proseguir con su relato, contacto necesario para asegurar el canal por el que se establece la comunicación ("Permíteme, oh Dios, que para coordinar mejor esta parte de mi historia tome el hilo de los años anteriores", p. 337). Por término medio, cada tres páginas y media encontramos un fragmento dirigido a Dios y sólo una vez encontramos una veintena de páginas seguidas sin la referencia divina (pp. 375-395, páginas en las que el ritmo de los acontecimientos se detiene para narrar las nuevas responsabilidades que tiene que afrontar cuando recibe el mayorazgo del padre).

Dios está también omnipresente porque Musso, como buen conocedor de los métodos de la censura que en alguna ocasión le fue encargado ejercer, a veces sobre figuras tan importantes y tan afectivas para él como Larra⁶, siempre con el criterio ante todo católico que se atribuye, sabe que a principios del siglo XIX está todavía vigente el precepto clásico que censuraba la publicación de un escrito en el que un autor hablase de sí mismo con otro fin que no fuese el de subrayar su virtud o el de exponer la manera en que superó los obstáculos o circunstancias que le impedían ser un alma noble, precepto que se recordará que ya criticaba el *Lazarillo*, donde Lázaro excusa su narración desde ese precepto. Para ello Musso lleva a cabo abiertas autoacusaciones que cumplen la función fática de asegurar la comunicación en el sentido que le interesa y que ligan su discurso al modelo teresiano de la oración, al modelo de una comunicación directa con Dios en la que nadie, por tanto, tendría derecho a inmiscuirse. Como dice José Luis Molina en su estudio introductorio de las *Obras* de Musso, el *Memorial* puede ser calificado como una autobiografía confesional por el marco dialógico religioso y por el contenido, pero no es una autobiografía espiritual⁷. Lo religioso determina la focalización de la obra, pero no es el tema de la obra. Por miedo a caer en la vanidad, Musso prefiere presentarse como alguien que era vanidoso y mucho, pero que nunca dejó de luchar contra este impulso bajo, formulando con frecuencia autoacusaciones que, como en Santa Teresa, pueden parecer ciertamente exageradas conociendo el arrojo, el compromiso y la sinceridad que Musso hace patentes de muchas maneras a lo largo de su narración. Musso se esfuerza en mostrarse primero como alguien cuyos defectos le hacían difícil la superación personal para después mostrarnos en detalle ese camino de superación que es lo fundamental del relato:

6 Martínez Arnaldos y Molina Martínez, *op. cit.*, pp. 228-231.

7 Molina Martínez, *op. cit.*, p. 45.

En ella [la Junta de Murcia durante la resistencia contra las tropas napoleónicas] me había propuesto hacer siempre lo mejor, obrar en justicia, preferir el bien general al particular. Pero sería delirio y orgullo que me preciase de haberlo ejecutado así siempre por más que no recuerde algo de que me remuerda la conciencia. No es posible, digo, que de tal modo estuviese prevenido contra todo afecto personal que la natural inclinación a unos, la aversión a otros, la misma vanidad, no influyesen absolutamente en mis dictámenes y en mis actos. [...] Mas, para examinarme mejor en tu presencia de mi conducta como hombre público, iré con tu ayuda recorriendo las operaciones de aquel Cuerpo desde el instante en que ocupé mi asiento en cuanto a las resultas (p. 340).

En ningún momento pierde Musso el horizonte de justificar sus acciones en el interés común y con un fin moral, siendo frecuentes expresiones como ésta: "Hícelo únicamente para persuadir a todos para que, deponiendo odios y motivos personales, lo sacrificasen todo al bien general" (p. 399). En el mismo sentido, no olvida mencionar casos de generosidad con el opositor si éste es víctima de alguna injusticia:

A otro día, un concejal del año anterior que continuaba en el que acababa de empezar, me ofició también quejándose de otro insulto como el del ex-alcalde, y por iguales razones se le dio contestación semejante. Él habló varias veces conmigo, y, en una de ellas, me insinuó haberle desafiado uno de los nuestros. Corté el lance y le ofrecí seguridad y protección (p. 402; en el mismo sentido, ofrece protección a un juez rival: p. 418).

Cuando repasa los asuntos en los que no logra alcanzar el éxito deseado, no olvida al menos dejar claro su espíritu negociador y conciliador, tratando siempre al contrario con respeto, como puede apreciarse en las pp. 406 (en relación con problemas de abastecimiento de aguas), 409 (en relación con los dirigentes anarquistas), 462 (para evitar represalias contra los liberales exaltados derrotados) o 493 (para proteger a otros liberales acusados en tiempos de la vuelta del absolutismo).

La jerarquía del liberalismo que Musso se atribuye viene presidida por el bien del pueblo, siendo corrientes expresiones como "Lo que más importaba era conservar el orden público a toda costa" (p. 410). En segundo lugar vendría el respeto y la sumisión a la Iglesia y sólo en tercer lugar aparecería el interés general del Estado, cuyas leyes no esconde que transgredió en algún momento durante la guerra por el bien general (p. 412). Así, Musso puede mostrarse, durante la campaña

de expulsión de las tropas napoleónicas, protector del pueblo frente al Ejército (pp. 343, 405) o frente a los privilegios de la Iglesia (p. 344). En todo momento se alinea Musso con entidades tales como “el pueblo” o “los lorquinos” o “la ciudadanía” para situar fuera de intereses personales o partidistas el fin moral de sus acciones y la excesiva ambición que se atribuye como defecto, sobre todo en la parte dedicada al proceso electoral que lo convertiría en el primer alcalde constitucional de Lorca, siendo corrientes aserciones que implican que él se encuentra del lado del pueblo tales como: “No era, a la verdad, muy lisonjera la situación en que nos hallábamos; los lorquinos veían con disgusto y sufrían con impaciencia que mandasen los que miraba como autores de sus desgracias” (p. 391); “Este escrito me dio alguna fama y con ella vino a despertarse mi ambición. Pusiéronla en movimiento los mismos desórdenes del pueblo” (p. 392); o “Previmos que los concejales, perdida toda esperanza, se acabarían de quitar la máscara atropellando nuestras personas para aterrar al pueblo” (p. 397; otros claros ejemplos de actuación en nombre del bien del pueblo pueden verse en la p. 403 o en la 419). Como ejemplo de que Musso respeta a la Iglesia antes que al Estado, citaremos el pasaje en el que afirma, reconociendo un uso ciertamente personal del poder, no haber ejecutado como hubiera debido la orden de desamortización para la que fue comisionado tras la abolición momentánea de la Inquisición en 1813:

[...] abracé con ardor la opinión que se declaraba contraria al Tribunal cuya conducta tachaba. Con todo eso creí que en aquel caso debía procederse con el mayor decoro; y así, puesto de acuerdo con el intendente don Antonio de Elola, pasé a verme con el promotor fiscal del Santo Oficio, don Andrés Bayons, a quien me ofrecí para lo que al Tribunal pudiera servir [...]. Movíame a ello ya la educación que de mis padres había recibido ya la circunstancia de ser mi suegro alguacil mayor de la Inquisición (pp. 363-364).

Sin lugar a dudas, la sinceridad que se infiere de la confesión de actuaciones más o menos lamentables juega también un papel cohesionador en la capacidad de discurso de Musso. Esta sinceridad contrasta con el pudor y la falta general de intimidad imperante en el discurso memorialístico del siglo XIX español, ese discurso del que es ejemplo paradigmático Mesonero Romanos, a quien Musso trató personalmente y quien, como él, recogió en su autobiografía el ambiente político del primer cuarto del siglo XIX y el ambiente literario del Madrid de la restauración de Fernando VII. Como explica Anna Caballé⁸, en *Memorias de un setentón*

8 Anna Caballé, (1995), *Narcisos de tinta: ensayos sobre literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Málaga, Megazul, 1995, p. 140.

Mesonero llega a excusarse desde el principio por deber hablar de detalles íntimos para justificar su conocimiento de algunos hechos⁹. Musso, por el contrario, privilegia lo íntimo precisamente como prueba directa de la implicación personal y del protagonismo de sus actos públicos, siendo por ello en él voluntariamente indisolubles lo íntimo y lo público.

Musso siempre mantiene la verosimilitud de su discurso muy alta gracias al reconocimiento constante de hechos que no aportan una imagen positiva de sí, pero que refuerzan el pacto autobiográfico, algo fundamental porque de ello depende que las aseveraciones positivas sean aceptadas por el lector sin dudas. Musso habría podido en muchas ocasiones simplemente omitir algunos hechos de los que se arrepiente sinceramente, como, por ejemplo, su actuación a favor de la Inquisición que acabamos de citar, el hecho de haber sentido en algún momento la tentación de ser infiel a su mujer (p. 335), el haberse librado de incorporarse al Ejército cuando le correspondía mediante sobornos realizados por su padre (p. 331), el haber abandonado a su suerte a un compañero herido en el combate por miedo a quedar rezagado (p. 353) o incluso la envidia que sintió por las victorias militares de su hermano menor (p. 368). Relacionado con esa sinceridad extrema está el autocuestionamiento que tanto se echa de menos en otras autobiografías, incluso modernas y de carácter histórico o político. Musso, sin embargo, da muestras, sin que la instancia religiosa sea un obstáculo, de una gran modernidad cuando refleja pensamientos como el siguiente:

Creo, Señor, que procedí con legalidad; mas, ¿cómo asegurar que, en aquellos y otros informes sobre personas que por varias partes y por diversos tiempos se me pidieron, no influyó en manera alguna la pasión con capa de celo? Examínolas y me parece que dije lo que debía decir, pero no por eso me tendré por justificado en tu presencia (p. 364).

Musso es sincero hasta el final, hasta el reconocimiento, tan doloroso para él, de haber pasado una crisis de fe cuando se encontraba en la Corte dedicado a su trabajo para las Academias y cuando se hallaba, en definitiva, deslumbrado por el poder y la fascinación de la ciencia y la razón (p. 488).

Musso suele prescindir en la construcción de su autobiografía de casi todo lo que no es conflictivo. Por ejemplo, todo aspecto familiar lo deja de lado a menos que pueda construir a través de él una problemática. Así, nos da detalles de sus problemas con la administración de la herencia de su padre, aunque pueda parecer

9 Mesonero Romanos, Ramón de (1876), *Memorias de un setentón*, edición de J. Escobar y J. Álvarez Barrientos, Madrid, Castalia, 1994.

un cambio demasiado brusco para un lector que acaba de vibrar con su relato de los años de la guerra contra las tropas francesas, pero, sin embargo, no sabemos apenas nada del nacimiento de sus hijos, lo que es mencionado de pasada en pasajes dedicados a otros aspectos (pp. 353, 366, 437), y dedica sólo diez líneas a la exposición sobre su manera de educarlos (p. 378), cosa que puede sorprender si tenemos en cuenta la importancia que este ilustrado otorga a la educación científica y religiosa, por lo que este hecho subraya que la narración de Musso se estructura, además de en torno a los aspectos ya indicados, en torno a los conflictos a los que tuvo que hacer frente en la medida en que demuestran su progreso personal: el progreso de sus hijos no es que no le interese personalmente, sino que no forma parte de su proyecto autobiográfico puesto que no ayuda a entender cómo se convirtió en una persona íntegra. Su relato resulta así altamente literario porque es conflicto constante, en ningún momento se queda en la cronología o la simple exposición de hechos, si bien los sucesos siempre están bien situados en el espacio y en el tiempo. El único pasaje en el que Musso se detiene para hablar de un hijo es el que dedica a comentar los conflictos que presenció en la vida conyugal de su hija Encarnación, hacia el final del *Memorial* (pp. 480-483 y 490-492).

Estructuralmente hay que destacar también que Musso reconoce en varias ocasiones disponerse a abordar hechos "poco importantes", justificándose en el deseo de no dejar huecos en su vida, lo que refleja una intención totalizadora que va en detrimento de la idea de "proyecto" que subyace a toda autobiografía. Pero resulta en realidad que en el proyecto de Musso no entra dejar de lado una etapa que puede considerarse intrascendente en relación con otras, sino que se esfuerza por dar un sentido a todas, en mayor o menor medida, intentando siempre resaltar su coherencia, si no en el resultado, al menos sí en la conducta moral:

Lo dicho hasta aquí creo que da idea de mi carácter y conducta en los años siguientes a mi vuelta de Madrid [1897], pero juzgo que convendrá insinuar los hechos principales que entonces ocurrieron en casa, hechos a la verdad poco importantes pero que completan la historia de mi vida (p. 325).

Abordando ahora cuestiones semánticas, y advirtiendo al mismo tiempo que esta obra destaca precisamente por la mutua determinación de su estructura y su significado, el carácter religioso o la defensa de la monarquía que exhibe el *Memorial* no deben hacernos automáticamente situarlo en un lugar alejado del nuevo estilo burgués al que llamamos desde Rousseau autobiografía: simplemente es una muestra de la gran versatilidad de este modelo que sigue vigente en nuestros días, pues en Musso la narración de hechos de carácter político, social o histórico

va mostrando el ascenso social y cultural del autor, que ha de diferenciarse de sus pares en el nuevo orden social para sortear el principal peligro que preconizara Rousseau para el individuo burgués: “Cada uno de nosotros pone su propia persona y todo su esfuerzo bajo la suprema dirección de la voluntad común” (*Contrato social*, Libro I, capítulo 6)¹⁰. Musso defiende la monarquía por la misma razón que exalta la fe católica: como garantía del orden social que le ha sido inculcado, pero socialmente se considera un liberal, un moderado, un doceañista y en este sentido su lucha contra el despotismo no cae fuera de las preocupaciones sociales de su tiempo, sino que las inserta en un tipo de mentalidad que le trajo muchos problemas, pues no era visto del todo como un liberal por apoyar la monarquía ni como un auténtico absolutista por lamentar que el Rey no hiciese respetar la Constitución de Cádiz. Al mismo tiempo, el *Memorial* cumple la función de desvelar algunas de las trabas que impiden el desarrollo de la sociedad. Por ejemplo, cuando se convocan elecciones para diputados a Cortes y provinciales en 1813, afirma Musso: “A mí me pareció tan ridícula la elección que, con mucha rechifla, escribí a Vera refiriéndosela y mofándome de los manejos e intrigas con que se había preparado” (p. 364). Es ahí donde reside el más positivo carácter social de la autobiografía de Musso: es un relato que muestra el ascenso de alguien que se destaca socialmente por sus muchos méritos (morales, bélicos, intelectuales), pero esa ascensión no deriva hacia el individualismo romántico sino hacia un liberalismo “casi republicano”, como se atreve a llamarlo en una ocasión en su acepción etimológica de lo que es de interés público (p. 359), un liberalismo basado en la lucha hacia la conquista de la justicia social desde el interior del sistema. Otros ejemplos de este aspecto se encuentran en sus denuncias a oficiales del Ejército (p. 405), al caos de la administración (p. 407), al mal funcionamiento de la justicia (p. 417), a la parcialidad de los jueces (p. 436) o a la corrupción del Ejército y del funcionariado (p. 440). Incluso cuando evalúa la vuelta del absolutismo en 1823 no tiene miedo a decir que los abusos habían vuelto a ser normales, comentario valiente si se tiene en cuenta que cuando Musso escribe es gentilhomme y tiene el favor de la Casa Real (p. 456), por lo que recuerda también que para muchos era aparentemente “el primer realista” porque apoyaba incondicionalmente a la monarquía, con absolutismo o con constitucionalismo (p. 457). Aun así, hacia el final de su discurso, Musso cree necesario matizar diciendo que muchas cosas mejoraron durante el absolutismo gracias a la estabilidad política, las reformas emprendidas y la entrada de personas valiosas en puestos de responsabilidad, terminando por elogiar abiertamente al gobierno (pp. 474-475) cuando tiene que desaprobar el carlismo.

10 Jean-Jacques Rousseau, *Œuvres complètes*, París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1991.

Con todo, conociendo la vida de Musso, sorprende que en el *Memorial* no se traten ciertos temas o que no se les dedique más espacio, por ejemplo, al preceptor de Musso, el presbítero francés Antoine Chevalier, quien sin duda debió influir mucho en su futuro talante, como señaló Francisco J. Díez de Revenga en su reseña del autor¹¹ con ocasión de la publicación del libro de José Luis Molina *José Musso Valiente (1785-1838): humanismo y literatura ilustrada*¹², ya que este abate huido de la Francia revolucionaria se encargó de su educación en Lorca y después lo acompañó durante sus tres años de escolarización en Madrid, y, según Musso, lo hizo vigilando siempre sus estudios y su conducta. Sin embargo, cuando lo presenta ni siquiera dice su nombre, dedicando sólo tres líneas a resumir su contacto diario con él:

“Desde mis primeros años, me pusieron maestros que me enseñaron mis primeras letras y, más tarde, aprendí los rudimentos de la Gramática Latina con un francés emigrado, sacerdote de fina educación y ejemplar conducta” (p. 312).

Otra rápida alusión a su persona para decir que lo acompañaba diariamente en Madrid (p. 318) y dos líneas más para dar cuenta de su separación es todo lo que encontramos en el *Memorial* con referencia a este hombre que es mencionado por su nombre sólo en esas dos líneas:

“Aquel mismo mes [mayo de 1802] se separó de nosotros para siempre, volviendo a Francia, nuestro ayo Ms. Chevalier, que es el capellán francés de que he hablado” (p. 326).

Musso omite completamente la razón por la que Chevalier debe salir de España: la expulsión de los franceses por la orden real de 1798¹³.

Terminemos repasando algunas de las motivaciones que pudieron ser tomadas en consideración por Musso para escribir esta gran obra del memorialismo decimonónico español, pues en su texto Musso es modesto en las razones familiares e

11 Díez de Revenga, Francisco Javier, “El escritor lorquino José Musso Valiente, neoclásico y humanista” en *Murgetana*, 105, Academia Alfonso X el Sabio, 2001, pp. 57-62: “Indudablemente, el abate debió inculcar en el escritor las ideas neoclásicas arraigándolas en su personalidad” (p. 57).

12 Molina Martínez, José Luis, *José Musso Valiente (1785-1838): humanismo y literatura ilustrada*, Murcia, Universidad de Murcia y Academia Alfonso X el Sabio, 1999.

13 Vid., J. L. Molina Martínez, “Introducción”, en J. L. Molina (ed.), *José Musso Valiente, Obras*, tomo I, Murcia, Ayuntamiento de Lorca-Universidad de Murcia, 2004, p. 17.

ilustradas que aparecen casi al final (p. 468): dejar un testimonio a los hijos o luchar contra el olvido. En su decisión de acometer una autobiografía paralelamente al diario que desarrollaba desde hacía una década pudo influir el hecho de que no se le permitió escribir una historia de las guerras contra Napoleón, sirviendo su *Memorial* al menos como ejemplo histórico e intrahistórico. También pudo influir el hecho de querer explicar su salida precipitada del Gobierno Civil de Sevilla. Seguramente tuvo su importancia también la íntima insatisfacción de Musso por no sentirse en general lo suficientemente reconocido por los servicios realizados por la patria. Miembro de cinco academias, seguramente se sentía reconocido en exceso intelectualmente, pero no social ni políticamente, siendo consciente de lo mucho que afectó a su imagen política el famoso *Discurso gratulatorio* de 1821 y un segundo escrito dirigido al rey en 1822 rogándole “a nombre de muchos lorquinos [...] que preservase en su vigor la Constitución” (p. 401). Y si bien fue nombrado gentilhombre la última vez que Fernando VII otorgó ese privilegio, en 1833, tres años antes le había sido rechazado (p. 487, p. 492) y debió quedarle el amargo sabor de ver sus esfuerzos por el pueblo, como le gusta subrayar una y otra vez en el *Memorial*, sin reconocer como él quería, a diferencia de su hermano mayor, quien sí gozó de un merecido reconocimiento por su valentía e inteligencia en sus campañas militares. La decepción por no haber gozado de mayor reconocimiento la muestra Musso en su decisión de instalarse en Madrid alejado de todo compromiso político para dedicarse a labores intelectuales entre 1823 y 1830. Es en ese momento cuando dice al lector que no fue sino por boca de un amigo como supo que su *Discurso gratulatorio* jugó en su contra con el curso que tomaron los acontecimientos. El lector no queda del todo convencido de que Musso se diera cuenta del efecto contraproducente del *Discurso gratulatorio* sólo cuando se lo dice un amigo mucho tiempo después, pero para Musso es importante mostrarse orgulloso en el *Memorial* de haberlo escrito, pues respondía a una convicción ideológica (p. 461), y al mismo tiempo sí consigue transmitir, sin decirla, la sensación de injusticia por no haber sido incluido por el Rey entre las personalidades a las que distinguió en 1823 con títulos nobiliarios por su defensa de la monarquía (p. 462):

Mas, para precaver en todo evento una tropelfa, hice que se formara expediente y reuní documentos que, acreditando mi verdadera conducta durante la revolución, me pusiesen en buen lugar para con los que desapasionadamente la juzgasen, no habiendo por dónde moralmente tacharla (p. 463).

Esperamos haber dado cuenta del sentido en que interactúan los elementos esenciales del sistema retórico del *Memorial de la vida* de Musso (esencialmente,

el marco confesional, el autocuestionamiento, la sinceridad, la integridad moral y la defensa del pueblo y de la monarquía) para dotar a su vida del sentido histórico altruista que el autor buscaba para que su autobiografía lo alzase a la categoría de las personas destacadas de la sociedad al mismo tiempo que para que la sociedad se beneficiara de los mecanismos de obstrucción de su desarrollo que Musso desveló a través de la obra.